

Apreciaciones...

(Viene de la página 173.)

más pura, más incisiva, más alta. Si tenemos ese ejemplo, y estamos proponiéndonos seguirlo, podemos alcanzar muchas cosas. Por eso esta hora nuestra tiene algo de ejemplar, en el empeño con que quiere sobrepasar el dictado de tropicalismo, para ser una clara realidad.

¿Pero debemos desdeñar el trópico, o penetrar en su esencia y apoderarnos de sus fuerzas inéditas? El trópico de lejos se ve como un gran páramo de luz de donde no sale nada vital, o acaso una pululación de gérmenes raquíuticos. Nosotros no podemos contentarnos con ese espejismo: nosotros tenemos el deber de buscar el ritmo oculto de nuestro trópico, sus reservas, su carga auténtica y ponerla en circulación.

Eso hace este pequeño libro de Eugenio Florit, y por eso mismo, ya merece el primer aplauso.

Dos mitades se reparten el libro: campo, mar. Y se lo reparten del modo más llano en nuestro trópico,—con la décima que ha sido como la espontánea floración del estro popular.

En *Campo* los elementos más típicos se aprestan a dar su mejor sabor, aunque estilizado. Estas son nuestras décimas, sólo que no como las improvisaría el guajiro con su clásico tiple; está el sinsonte, la sabana, el potrero, el monte, el camino carretero. No se puede negar todo el sabor criollo que tienen estas décimas de Florit, que apuntan sin embargo a una realidad más alta que la misma descripción.

En *Mar*, ya es distinto. No fué nunca al mar la inspiración de nuestros poetas. El campesino pocas veces ha podido ver el mar; el mar está fuera de sus ideas, no entra en sus cuentas, ni en sus cantos. Y sin embargo, estas son las mejores décimas de Florit, las más logradas en sí mismas. A las otras les prestan su tono los elementos consabidos, y cualquiera puede sentirse adormecido por esa música ancestral. Aquí en estas décimas del mar, es distinto: hay que reconcentrar la atención, hay que adivinar, hay que sorprender. Es otra clase de empeño. El primero es el empeño a flor de piel, para todos los gustos; éste ya obliga, ya exige. Busca sus elementos en profundidad. Y esto es lo que hay que hacer. Cuando se logra con gran sentido poético, como le sucede a Florit, ya estamos superando al trópico.—el falso concepto del trópico. Hasta el título de este pequeño libro es punto de partida.

Félix Lizaso.

(1930. La Habana).

Trópico.—Hace ya algún tiempo que guardaban mis gavetas las notas que me sugiriera el libro de décimas de Florit. En espera de tiempos mejores para coordinarlas y darles publicidad, se fué formando sobre ellas ese sedimento de cuartillas que es el cajón de todo periodista. Triste proceso acumulativo, semejante al geológico en que, como éste, suele advenir rico en fósiles. Hoy, al decidirme por fin a comentar *Trópico*, me ha sido difícil encontrar aquellas notas entre la turbamulta de papeles.

Pero ¿es que acaso han mejorado los tiempos? ¿Resultan ya hoy más propicios al juego desinteresado de la estética? No, desde luego. Mas ¿hasta qué punto es lícito consumirse en la espera? ¿Qué derecho tenemos a renunciar a las fiestas del espíritu porque oficialmente

se injurie al espíritu? ¿No sería ello renunciar a una de sus manifestaciones más puras y enérgicas? Por otra parte la estética no está tan desviada como parece de las actividades centrales de un pueblo. Ya nadie cree que la estética sea cosa de despreocupados o exquisitos. Las grandes revoluciones literarias y artísticas. En el caso nuestro no creo que sería arbitrario buscarle el lado estético al problema. Muchas veces pienso si no sería dable resumir los más de nuestros defectos bajo una sola denominación: ramplonería de espíritu. El desgano por lo bello, por lo decoroso, por lo armónico es, en no pocos casos, el origen de nuestros males. Nuestra misma política—la gran calamidad nacional—¿qué es en fin de cuentas sino una cosa fea, inestética, ramplona? La idea de la belleza hace mejores a los pueblos. La despreocupación por la belleza los encanalla. El apogeo de Grecia coincidió con el fervor estético de la época de Pericles. La decadencia de Roma se inició cuando el pueblo comenzó a alejarse de la cultura matriz para entregarse a deleites exclusivamente sensuales.

Es indudable, sin embargo, que suele faltar en momentos como el que ahora vivimos ese sosiego de espíritu que algunos consideran indispensable para la faena artística. Mas no hay que olvidar, por otra parte, que el arte no es necesariamente producto de épocas o ambientes arcádicos. Más bien nos enseña la historia que la vida muelle es poco fecunda en obras artísticas de envergadura. La indignación, en cambio, ¡qué encinta de prodigios artísticos suele presentarse!

Trópico de Florit no es, desde luego, el producto de ninguna indignación, si acaso la resultante de numerosas inconformidades. Que fueron en un principio inconformidades consigo mismo, polémico soliloquio del poeta que busca la forma suya, de vuelta de los moldes aprendidos. Porque *Trópico* no es el primer libro de Florit, aunque sí sea el primer libro del poeta Florit. Ya el hombre había hecho antes «su modernismo». ¡Gran aprendizaje! Lo que de tectónico hay siempre en su verso fué aprendido en esa magnífica escuela de virtuosismo poético. Y aún fué poco: el poeta tomó un curso de ampliación en la remozada academia de don Luis de Góngora y Argote. De ahí esa tendencia estructural, esa condición de organismo apretado de su verso, que nos hace pensar en una suerte de parnasianismo de nuevo cuño. Pero estas son cosas de retórica: vengamos al tropicalismo que enuncian el título del decimario.

No estamos en clásico «trópico convulsivo» de los memoriales hispanoamericanos. Tampoco aparece por ninguna parte toda esa escenografía tropical que suelen guardar entre bastidores, para «uso indicado» los exotistas europeos—los franceses principalmente. Florit nos sugiere más bien un paisaje contento de sí mismo, en el que cada cosa aspira a un orden amoroso y en el que, para no romper el éxtasis, la «devoción dominical» de tierra y cielo, «la brisa anda a tientas rodando por las montañas». Nada de la exuberancia consabida. Nada de violencia en los contrastes. Si acaso una sola fuerza detonante: «el sol que abusa en su cumbre». El mismo mar que nos pinta el poeta en la segunda parte de su libro es un mar sin malicia, que sueña en su seno «mundos de niñez tranquila»,

no el sombrío «caldo de tiburones» de que nos hablara Alfonso Reyes.

En esta naturaleza espejeante, que juega inocentemente con sus propios reflejos, en esta temperatura *sui generis* del trópico que Florit nos presenta, reside, a mi manera de ver, el interés de este libro y, desde luego, su semilla de polémica para la crítica.

Hasta qué punto es nuestro trópico éste de Florit trataremos de verlo en un próximo artículo.

Trópico: geografía y cultura.—Trópico no es sólo una noción geográfica; es también un concepto cultural. Geográficamente el hecho no tiene implicaciones polémicas. El trópico presenta características climatológicas de escasa variabilidad y perfectamente comprobables. Se trata, pues, de una noción bastante exacta, respecto de la cual caben pocas salvedades.

Pero tan pronto nos trasladamos de la geografía a la historia de la cultura, comenzamos a movernos en terreno resbaladizo. ¿El concepto cultural del trópico es tan fidedigno como el geográfico? En uno y otro caso ¿ofrece iguales seguridades la generalización?

Es antigua la creencia de que el clima condiciona en cierto modo las manifestaciones del espíritu. Ya en el siglo XVII se decía en nuestro idioma, por boca de Tirso de Molina, que «el clima influye los ingenios». Nietzsche ha hablado de «zonas templadas y zonas tropicales de la civilización», si bien estableciendo respecto de las geografías el distinguo de que éstas se suceden en el espacio y aquéllas en el tiempo; cabe, pues, que el trópico geográfico viva períodos de clima espiritual templado. Modernamente han avanzado mucho estos estudios. En perjuicio—hay que decirlo—de los que nos afanamos en los cinturones tórridos del planeta. En el «mapa de la energía humana» diseñado por Huntington el trópico no cuenta, no forma parte del «ámbito de la civilización», cuyos núcleos más poderosos corresponden a la zona templada. Más recientemente aún, las investigaciones y deducciones del bioclimatólogo Olbricht han reforzado la anterior hipótesis. Según ellas «el territorio sobrehumedecido del trópico tiene una temperatura anual debilitadora». Por lo tanto, desde el punto de vista cultural, los signos de Cáncer y de Capricornio son nefastos.

En el orden literario, una de las características que suele señalarse al tropicalismo es la exuberancia. Para fortuna nuestra no se compadece lógicamente esta imputación con las investigaciones de la ciencia, que aluden preferentemente a la tendencia «enervante», debilitadora de nuestro clima. Pedro Henríquez Ureña ha defendido al trópico americano de aquel cargo. Entre nosotros, Félix Lizaso ha glosado y ampliado felizmente sus ideas a este respecto «No hay—dice el escritor dominicano—una literatura de la América tropical, frondosa y enfática, y otra literatura de la América templada, toda serenidad y discreción»; si hay literariamente una América buena y una América mala, ello «no depende de la división en zona templada o en zona tórrida», sino de la «diversidad de cultura». En último término, la multimentada exuberancia no es una característica ingénita del trópico, sino un estado transitorio de deficiencia cultural. Casi todas las literaturas incipientes—y la nuestra lo es, desde luego—inciden en la palabrería y en el énfasis vano. Con más razón cuando el mal es, en cierta medida heredado.